

SOLEMNIDAD DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

11 DE JULIO

1. Introducción

La Misa de san Benito Patrono de occidente forma una unidad en torno a la figura del “Padre” y sus hijos, bajo distintos aspectos, tanto de contenidos como musical. Y, como se trata de la celebración Eucarística, todo converge en el misterio de Comunión “en Cristo” entre san Benito -que hace las veces de Cristo- y los que se confían a él como Padre. Se trata de una realidad central de toda Eucaristía, es la vida del “Cuerpo de Cristo”, que hoy asume un carácter visible y palpable en la celebración de los monjes y monjas y de todos los que se acojan a él, que cantan a su fundador y padre. No se trata de una simple unión de intenciones, se trata de la constitución de un verdadero Cuerpo y eso es lo que expresan también las antífonas de hoy. Es la presencia del padre en la persona de sus hijos, como el mismo san Benito lo presenta en su Regla bajo la figura del abad haciendo las veces de Cristo Padre (RB 2,2-3). Pero también es la alegría del Padre, por ver a sus hijos congregados en la unidad, en la caridad. Hijos que son sus frutos, y por lo tanto, son parte de él y “por los frutos es juzgado”. Por eso no sólo los monjes celebran esta fiesta sino toda la Iglesia que reconoce por la Fe, en la figura de san Benito, al Padre, como Cristo decía a Felipe: *Quien me ve a mí ve al Padre (Jn 14,9)*.

2. El Introito: *Gaudeamus*

Antiphona ad introitum I

G

GAUDE-AMUS * omnes in Dó- mi-
no, di- em festum ce- le- brántes
sub ho- nó- re Be- ne- dícti abbá- tis : de cu- ius sol-
emni- tá- te gaudent án- ge- li, et colláu- dant
Fí- li- um De- i. *T. P.* Alle- lú- ia, alle- *Ps. 47, 2*
lú- ia. *Ps.* Magnus Dómi- nus et laudá- bi- lis ni- mis, in
ci- vi- tá- te De- i no- stri.

Este Introito, en la Misa de san Benito, es el canto filial de todos aquellos que se gozan en el Señor por san Benito Padre (*Abbatis*). Y, como es propio de la Eucaristía, es también el canto que resuena en Presencia del Trono y del Cordero, entre los ángeles, en su eterna alabanza al Hijo (*gaudent angeli, collaudant Filium*). Hoy los monjes celebran lo que san Benito mismo había descrito lo que es la vida del monje, formando un solo cuerpo con toda la Iglesia triunfante, y cantando en presencia de los ángeles:

Por tanto, acordémonos siempre de lo que dice el Profeta: “Sirvan al Señor con temor” (Sal 2,11). Y otra vez: “Canten sabiamente” (Sal 46,8). Y, “En presencia de los ángeles cantaré para ti” (Sal 137,1). Consideremos, pues, cómo conviene estar en la presencia de la Divinidad y de sus ángeles, y asistamos a la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestra voz (RB 19).

No solo canta la voz, cantan los corazones, cantan las obras en Presencia de los angeles, cada día de la vida del monje que no es sino una escala de humildad que por un lado toca la tierra y por el otro el cielo.

Esta alabanza, como rasgo eminentemente bíblico de la victoria de la Fe y como “arma de combate” de los hijos (cf. *Sal* 149, 6) manifiesta y lleva a que, tal como se da en el canto del *Gaudeamus* del Introito, se dilate el corazón (RB Prol. 48) del que canta y se une a este sacrificio de alabanza. Primero se ensancha haciéndose uno con todos sus hermanos (*gaudea-mus*), y luego “magnificando al Señor” que es quien obra en el (RB Prol. 30). La melodía, de un modo muy especial en todo el primer inciso (*Gaudeamus in Domino*), expresa esa dilatación, haciendo resonar la quinta armoniosa del modo 1 y estableciéndose, desde donde contempla todo.

Esta entonación lleva a ese gustar y saborear, característica del canto “sabio” (*psallite sapienter*), gracias a la forma en que son musicalizadas cada una de las sílabas de las palabras de esta frase. Todas están enriquecidas con neumas que resaltan sus acentos naturales y enfatizan sus sentidos de gozo y firmeza. Por eso deben cantarse con detenimiento, rumiando cada una de ellas. Todo el recorrido de la melodía, que había comenzado en la Fundamental, termina quedándose en la quinta (LA), donde encuentra al “Señor” (*Domino*).

A partir de allí, en el segundo inciso de la primera frase, la melodía cobra una agilidad nueva (*diem festum celebrantes...*). Al comenzar el inciso la melodía inicia un movimiento cadencial, pasando de la Dominante LA, donde había quedado, para irse al FA como nuevo eje de la construcción melódica. Otra característica de este segundo inciso es la alteración musical de los acentos gramaticales, fruto de ese mismo movimiento cadencial. Tres veces se repite sobre el FA la misma figura de una *clivis* que baja del SOL al FA, lo que lleva a volcar el acento sobre los finales de la palabra (*diém, festùm, celebrantés*). Sin embargo, enseguida, retoma la majestad de la entonación (en *sub honore* y en *Benedicti abbatis*). En ambos casos la melodía asciende hasta el DO, pero lo hace a partir del FA, lo que forma una quinta todavía mayor a la natural del modo 1 (RE-LA), con una sonoridad FA-LA-DO que carga de

consistencia musical la figura de san Benito, y que termina estableciéndose otra vez en el LA, donde antes había encontrado a Cristo.

La segunda frase (*de cuius sollemnitate*), si bien se caracteriza por ser más ligera en sus movimientos, sin embargo es como un eco del final de la anterior. La repetición por dos veces de la subida FA-LA-DO (en *sollemnitate* y en *collaudant*) pone en paralelo esas dos partes de la pieza con la misma sonoridad con que ya había pronunciado en nombre de Benito abad. Melódicamente se prolonga como un eco. Sin embargo ahora no es para cantarle a él, sino a Cristo, por lo que se va lentamente hacia la cadencia final de la pieza, en la Fundamental RE, donde se encuentra el fundamento de todo: la eterna alabanza del Hijo del Padre Eterno. Esa es la verdadera vida filial en la cual hoy se espeja la de san Benito con sus hijos.

3. El *Alleluia: Vir Dei Benedictus*

VI

A L-le- lú- ia.

Vir De- i Be- ne-

dí- ctus ómni- um iustó- rum spí-

ri- tu plenus fu- it : i-

pse inter- cé- dat pro cun-

ctis mo- ná- sti- cae pro- fes- si-

ó- nis.

La liturgia de la Palabra (con el *Alleluia* y *Sequentia* que preceden al Evangelio) está totalmente ligada a la figura de san Benito, tal como la presenta san Gregorio Magno. En el *Alleluia* escuchamos la voz de Gregorio Magno diciendo (Libro II de los *Diálogos*, 8): *Vir Dei Benedictus ómnium iustorum spiritum...*; la secuencia, en cambio, es el relato de muchas circunstancias de la vida de Benito que el mismo Papa Gregorio narra antes de decir pronunciar la expresión que se cantó en el *Alleluia*.

La relación entre estas dos piezas y la liturgia de la Palabra es muy clara: en la vida del “hombre de Dios”, Benito, el Espíritu santo, el Espíritu “de todos los justos” lo llevó a vivir las mismas cosas que se narran y proclaman en la liturgia de la Palabra, cada día, recorriendo toda la historia de la salvación. Por eso, en este momento de la Eucaristía,

hoy la Iglesia vuelve a presentar las “maravillas de Dios”, proclamadas en toda Eucaristía, pero ya no tomadas de las Escrituras, sino de la vida de san Benito.

El *Alleluia*, forma una fuerte unidad entre su entonación y su versículo. Algunos *alleluias* separan las melodías de uno y otro. En nuestro caso no, y por eso es importante ver donde y por que repite las figuras melódicas de la entonación.

a. Primero veremos las dos frases que repiten el modelo musical del *Alleluia*, ya desde su entonación: *Vir Dei Benedictus* y *monasticae professionis*, una es la primera frase y la segunda, la última. Con ello toda la pieza se caracteriza por una unidad musical muy fuerte. Pero, además, gracias a esa unidad y repetición (imitación musical) como superposición de figuras melódicas, quedan estrechamente ligadas la figura del *Vir Dei Benedictus* y aquellos que han “imitado” su vida, siguiendo la “profesión monástica” (*monasticae professionis*). Es así como la melodía hermana las dos expresiones y las pone en relación.. Por eso el “hombre de Dios” queda ligado a ellos como su gran “intercesor” (*ipse intercedat*), su gran mediador, que es lo mismo que realiza Cristo en la Plegaria Eucarística: presentar ante el Padre, como único mediador, nuestras vidas. Esta relación tan intensa de Benito con sus hijos es la misma que encontramos ya en las *Cartas* de san Antonio abad que escribía a sus discípulos que vivían en alrededores de su celda. Antonio se presentaba como intercesor, no como un contemplativo. La intercesión es el corazón de la Eucaristía. No se trata de una simple oración que hace Cristo o san Benito por los suyos. El latín *intercedere* significa “estar en medio de” (inter-cedere), ponerse en medio de... los suyos. En realidad es lo que se cantara en la secuencia: *Leta dies magni ducis...ipse memor suae gentis, nos perducatur in manentis, semper Christi gaudia*. El intercesor es el que está “en medio”, “entre” los suyos, guiándolos. No se trata simplemente de quien “recuerda en la oración”, sino el pastor que está en medio a sus ovejas como su guía permanente.

Tal vez es bueno en este día recordar toda la riqueza de sentido que daban estos monjes a la “intercesión” de los padres por sus hijos, como la oración con que Cristo termina la última Cena, intercediendo por los apóstoles. Nos referimos a una respuesta de Barsanufio al monje Andrés, que desconfiaba un poco en la fuerza de su

intercesión. Entonces Barsanufio, que era padre con temperamento, se lo dice de un modo que no puede dejar lugar a dudas sobre el sentido de la intercesión desde que Cristo se estableció como pontífice nuestro. Le dice Barsanufio: “En el último encuentro, cuando el Señor venga rodeado por todos sus ángeles y santos (como canta nuestro Introito), cada padre se alzara delante del tribunal y dirá con el Señor (cf. *Hb* 2): ‘Heme aquí y los hijos que tú me has dado’. Con ello estará diciendo a Dios: ‘Ingresamos todos, o no ingresara ninguno’. No puede un padre estar separado y feliz sin sus hijos, ni los hijos sin su padre...”.

b. En el interior de esa “inclusión” sonora está la frase musical: *omnium iustorum spiritum plenus fuit*, que tiene su propia estructura musical más ligera. Sin embargo tiene toda la riqueza de los modos pares (modo 6), que se mueven no sólo sobre la Fundamental, sino también por debajo de ella. En nuestro caso en la Fundamental está san Benito (FA). Y, para mostrar que está lleno del “espíritu de todos los justos” la melodía recorre toda la gama sonora de la pieza, tanto por encima como por debajo de esa Fundamental, haciendo girar todo el universo musical en torno a san Benito. Después de ello la melodía se extiende con el “*iubilus*” del *Alleluia* en el “*ipse*”, para enfatizar la figura de san Benito como intercesor.. Es san Benito mismo quien está en medio de los suyos, “*inter - eos*”, llevándolos, presentándolos al Padre. Y ese es el motivo del júbilo del *Alleluia*.

4. La Secuencia: *Leta dies magni ducis*

La secuencia, por su naturaleza, pertenece a la liturgia de la Palabra y sigue un recorrido, tanto en el desarrollo del texto (una historia) como en la melodía. Por eso la melodía se va repitiendo por pares, y en los sucesivos da siempre un paso adelante, tanto en la melodía como en el desarrollo de la historia que presenta. Bajo esta perspectiva la secuencia se hermana con la anáfora eucarística: se trata de un encadenamiento en la historia de la salvación que las plegarias eucarísticas, en tiempo de san Benito, desarrollaban desde Adán, los Patriarcas, Profetas, hasta la Última Cena de Cristo.

Nuestra secuencia no se reduce a presentar la historia de san Benito, sino que se enraiza en la historia de la salvación, con los grandes personajes del Antiguo Testamento. Desde el comienzo se evoca a san Benito como guía, que conduce a lo largo de la historia para reconocer en él la presencia de ese mismo Espíritu que se hizo presente en Abraham, Elías, Eliseo, Jose, Jacob... se trata de un verdadero recorrido de la Fe por el que se va descubriendo en san Benito, poco a poco, la figura de los grandes personajes del Antiguo Testamento. Los verbos que se refieren al “descubrir”, “reconocer” y “darse cuenta” son un constante y progresivo llamado a profundizar una mirada de Fe y confianza en aquel que está siempre guiando a sus hijos a los eternos gozos de Cristo, como los grandes patriarcas guiaron al Pueblo elegido.

VI

L Aeta di- es magni du- cis, Do- na fe- rens no- vae
 lu- cis, Hó- di- e re- có- li- tur. Cha- ris da- tur pi- ae men-
 ti, Corde sonet in ardén- ti Quidquid fo- ris pró- mi-
 tur. Hunc per cal- lem O- ri- éntis Admi- ré- mur ascendén-
 tis Patri- árchae spé- ci- em. Amplum se- men magnae
 pro- lis Il- lum fe- cit instar so- lis, Abra- hae per- sí- mi- lem.
 Corvum cemis mi- nistrán- tem, Hinc E- lí- am la- ti- tán-
 tem Spe- cu nosce párvu- lo. E- li- saé- us digno- scá- tur, Cum
 se- cú- ris re- vo- cá- tur De tor- rén- tis álve- o. Il- lum
 Io- seph candor mo- rum, Il- lum la- cob fu- tu- ró- rum Mens
 ef- fé- cit cónsci- a. Ipse memor su- ae gentis, Nos per-
 dú- cat in ma- nén- tis Semper Chri- sti gáudi- a.

El feliz día, del gran guía, Benito día que trae el regalo de una nueva luz, hoy celebramos. La gracia se le da al alma devota: resuena en el corazón ardiente lo que se expresa en palabras Desde aquí contemplamos mientras asciende al cielo por el

camino del Este el esplendor del patriarca Semilla grande en su progenie lo hizo como un sol, similar a Abraham. Mira el cuervo que lo sirve reconocer en él oculto a Elías en su pequeña gruta. Reconoce también a Eliseo en la hoz que vuelve a emerger del lecho del río El ojo interno se ha dado cuenta que él es José de las costumbres santas, él es Jacob que ve el futuro. Y Benedicto, siempre atento a sus hijos guíanos a la alegría de Cristo que permanece para siempre Amén.

5. Comunión: *Semel iuravi*

Comm. 4.

S Emel jurávi * in sáncto mé- o : sémen é-jus
 in ae-térnum ma-né- bit : et sédes é-jus sic-ut sol in
 conspéctu mé- o, et sic-ut lúna perfécta in aetér-
 num : et téstis in caélo fidé- lis.

Del mismo modo a como hizo la Secuencia, también la Comunión canta a san Benito en su descendencia y lo vuelve a comparar con el Sol.

En el momento de la Comunión resuena este oráculo divino, tomado del Salmo 88, en el que Dios confirma su Alianza, hecha a David, a Cristo, a Benito, acerca de su descendencia, como símbolo mismo de la vida que es eterna. En este momento de la recepción de Cuerpo y la Sangre de la Nueva Alianza no somos nosotros quienes hablamos. Es Dios mismo quien lo hace, para confirmar esa Alianza. Este oráculo divino viene a confirmar todo lo cantado hasta ahora, es decir, la comunión -o unión de Alianza- de san Benito con los suyos y su papel de intercesor. Otra vez encontramos la garantía divina de ese rol de san Benito que, como Padre, está totalmente presente en la vida de sus hijos. Dentro de la Eucaristía, como testamento de la Nueva Alianza, ahora, en la Comunión se hace presente el fundamento histórico salvífico de todo lo

celebrado en esta Eucaristía: esa profunda comunión de Cristo con los suyos está cimentada sobre la Alianza de Dios con sus grandes elegidos. Es esta comunión la que canta, en este momento de la liturgia, el Misterio de la Alianza que recorre todos los textos de esta Misa. Por eso en esta Misa, gracias al memorial histórico que traen los textos de la vida de san Benito, se hace presente el sentido histórico salvífico latente en toda acción litúrgica.

Tratándose de un oráculo divino esta antífona hubiese podido tener una melodía más resonante y llamativa. Sin embargo no es así. Tal vez esta Comunión se asemeja más a la experiencia de Elías : él esperaba encontrar la Presencia divina en una gran teofanía, en el resplandor, en los truenos, en un modo 7 o tal vez modo 3 o 5. Sin embargo el Señor se le presentó, como hoy, desde la serenidad del susurro del modo 4. Ya desde su entonación, que comienza en forma cadencial (la Palabra viene desde lo alto) toma la forma del acorde propio de este modo 4: SOL-FA-MI, y lo repite tres veces en esta breve aseveración de Dios (*semel iuravi in sancto meo*), el Señor confirma lo dijo una «única vez» (*semel*). Y esa voz, ese juramento fue hecho en el marco de «su santidad» (*in sancto meo*).

La segunda frase, con una pequeña variante (arranca la cadencia desde el LA y llega al SI bemol), repite musicalmente la frase anterior. Pero mientras en la primera nos encontrábamos exclusivamente dentro del mundo de lo divino (su juramento y su santidad), en la segunda, en cambio, estamos dentro de las realidades humanas (la descendencia y su duración). Sin embargo, musicalmente, esas realidades humanas reciben la consistencia que le viene de la misma firmeza de la vida divina, la misma forma de sus notas y su neumas, especialmente la construcción de la cadencia sobre la Fundamental MI. Todo el movimiento sonoro de la segunda frase le viene de la primera: arranque de lo alto, un juego en torno al LA, y un arreglo musical en torno al MI final que, en la segunda frase es invertido, llevándolo hasta el FA. Debemos notar que para establecer este paralelo musical se han salteado versículos intermedios del salmo.

La tercera frase, la última, comienza con un ritmo más ágil y arrancando desde abajo. Sin embargo la construcción musical vuelve a repetirse por tercera vez. El motivo es que ahora, para confirmar la firmeza y estabilidad del juramento divino son puestos como testigos la firmeza del Sol y la belleza de la Luna, así será la descendencia de san Benito. Siempre en la Comunión encontramos la referencia a gustar y contemplar el sabor y la belleza de lo divino en lo humano. Es lo propio de lo sacramental. Y para ello, usando las mismas fórmulas musicales, aunque un poco más ágiles, Dios pone como testigos de sus promesas los dos grandes testimonios del cielo: el Sol y la Luna. Así será la descendencia de san Benito, así es su paternidad con sus hijos.